



“En los inicios el virus provocó “un tsunami” en la provincia, especialmente en Tomelloso, que se vio convertida en una de las ‘zonas cero’ de la pandemia”

ofrecer este consuelo. Ahora se pueden celebrar funerales, aunque vayan pocas personas, incluso haya algunos sin familiares por estar confinados o enfermos. En estos casos y de manera excepcional, señala López, hay quien solicita un responso para agilizar el trance.

Igualmente, en esta ola el hospital de Tomelloso “está más tranquilo” (los de Alcázar y Ciudad Real soportan muchísima más presión), aunque “haya miedo porque conocemos al enemigo”.

Como capellán lo percibe cuando visita el centro. Protegido de arriba a abajo –lleva mono, gorro, gafas, doble mascarilla (una FFP2) y doble guantes– recorre la zona de pacientes con Covid-19, y ve a un personal “más relajado y sereno”. El ambiente, a pesar el pesimismo generalizado, tiene otro tinte: “entonces abrías la puerta y era la guerra, preguntábamos si había mascarillas o EPIs, que escaseaban, mientras que ahora preguntamos si te han vacunado o estás a la espera”.

“Se vive con más paz, y no con la misma dureza”, expresa, una sensación similar a la que aprecia en sus visitas a pacientes con otras enfermedades, al margen de la Covid-19.

López aplaude la ‘cierta’ normalización en la actividad de los capellanes de los hospitales, como es el acompañamiento a familiares y enfermos, incluso no creyentes o de otras religiones. “Esta mañana (el jueves) he estado con una mujer musulmana” dentro del recorrido generalizado que hace habitualmente.

También celebran eucaristías en las capillas, “no en las UCIs como se muestra en una foto de otro país”, aunque puntualmente puedan estar clausuradas (la del hospital de Puertollano se usa como almacén y la de Alcázar se ha cerrado por precaución).

En el caso de las visitas a infectados de Covid-19 en las habitaciones o UCIS “vamos cuando recibimos aviso bien de los familiares, del propio enfermo, de los profesionales médicos o incluso desde las parroquias”.

Lecciones de vida

El sacerdote reflexiona sobre los efectos personales de la labor que desarrolla, al recibir “lecciones de vida” por parte de algunos pacientes que han sufrido pérdidas muy dramáticas. Expresan una dimensión que sorprende al religioso dentro del “sentido que les da su enfermedad y sus duras vivencias”.

Las enfermedades, razona López, ponen de manifiesto que las personas “somos vulnerables y nos abre al misterio”.

También presentes de manera transversal en la sociedad están “las heridas psicológicas” que ha dejado la pandemia, unas secuelas “que tenemos todos”.